

El caso de "Púa"

José Flores Ligero

LE traté en su vejez, pero la relación familiar venía de atrás. Su mujer, la Eduarda del tío Joaquín Vela, se había criado en la vecindad de mi madre y tenían amistad desde la infancia.

El matrimonio de José y la Eduarda se conservó hasta última hora. Hijos de la tierra, criaron a una familia numerosa, cuatro hijos y seis hijas, de los cuales casaron a ocho y una nieta, que quedó sin madre al enviudar el hijo mayor; obra colosal que hay que vivirla para apreciarla.

José murió en la canícula del año 1938, el 13 de Agosto y había nacido en la primavera del 1864, el 6 de Abril.

La Eduarda era media, gemela de la Faustina, la más alta y delgada de todas y derecha como requiere el apellido, Vela, muy diferente en genio de ella. Hicieron un buen capital, con muchísimo trabajo. La casa alcanzó su prosperidad máxima en el periodo de la mocedad de los hijos y su declinación, al casarlos, como pasa siempre.

El caso de «Púa», es ejemplar o al menos lo fué para mí, pero no es único, pues podría citar varios más en el lugar, de padres que como él criaron una gran familia, la colocaron espléndidamente y quedaron en el hogar frío y reseco, rumiando las amarguras de la impotencia y de la soledad, compañeras inseparables del viejo. Y esto precisamente era lo que me impresionaba a mí y recuerdo con mucha frecuencia, como lección de vida.

Era José un hombre de buena constitución, saludable, proporcionado, pero de líneas alargadas, más bien

alto, un poco agachado por la edad y por el oficio. Su carácter apacible, observador y detallista, amigo de puntualizar y de enterarse bien. Hombre de buen sentido. Le hacían de perder la calma la incompreensión y la exigencia de los menores, que se traducían en desconsideración, no voluntaria, pero inevitable al choque de gustos y deseos inatendibles. Momento delicado y supremo en la vida de todo padre, según he observado muchas veces, cuando el hijo caldeado por inconfesados sentimientos de suficiencia y poder, trata de imponer su voluntad, orillando al padre, del que ya no cree necesitar.

¡Cuánto amor y cuánta capacidad necesita el padre para esa época de la



Aquí aparece en el corral de su casa, con dos prendas de cierta modernidad: la gorra, que lleva encima del gorro y que le pega menos que el sombrero, prenda que usaba con frecuencia, y la manta que hay tendida, que ya no es de cojín; el arado junto a la pared y él con el pito en la boca y la traza de gañán verdadero: las piernas un poco separadas, de ir dejando el surco en medio, y los brazos colgando, como si fuera a coger los ramales y el arado, llamando a las mulas. Andaba reco-

giendo trastos por el corral, con esa actitud celosa del padre que quiere las cosas a su gusto, cuando lo retrataron casi de repente y así era en los últimos años de su vida. ¡Cuánto me recuerda a mi padre! Como él andaba, también siempre, a última hora, por el corral, corrigiendo los descuidos, quitando trastos, ordenando y guardando las cosas.